



XXVII

Desafío y comentarios.

DIRECCIÓN GENERAL DE LA «LIGA FEMINISTA ITALIANA»

¡Ciudadanas de Italia!

Os llamamos con este nombre, para recordaros el más sacrosanto y el más conculcado de vuestros derechos.

El sufragio universal, igual, directo y obligatorio, ya introducido en la ley hasta en Italia, reconoce indistintamente á todos los ciudadanos del Estado, mayores de edad, el derecho natural é impone juntamente el deber civil del sufragio electivo político, activo y pasivo.

¿Cuántas mujeres italianas están excluidas de este derecho?

¡Todas!

¿Cuántas lo poseen?

¡Ninguna!

¿Luego no hay en Italia ni siquiera una mujer que sea ciudadana italiana?

¡Ciudadanas de Italia!

¿Continuaréis tolerando tranquilamente el yugo oprobioso, el ostracismo nefando, la decapitación moral, como el jumento y el perro se inclinan temblando bajo el látigo que los flagela?

¿No sois ciudadanas del Estado? ¿No tienen hijos las madres, no tienen maridos las esposas y las hijas no tienen padres? Y los hijos, los maridos, los padres, ¿no deben nada á las madres, á las esposas, á los hijos, por la vida propia de la familia y del Estado?

¿Sin las mujeres, qué sería de los hombres?

Nada.

¿La familia?

Nada.

¿El Estado?

Nada.

¡Ciudadanas de Italia!

Pedid el voto político y lo tendréis del hombre, ó por amor ó por fuerza, por lo mismo que el hombre no puede existir sin vosotras.

¿Qué es la ley?

La expresión de la voluntad nacional.

Luego esa ley no es válida si la mayoría de los individuos de que está formada la Nación no la ha votado ó personalmente ó por medio de sus representantes. ¿Y no es un individuo humano la mujer? ¿No está constituida de hombres y mujeres la Nación? ¿Y éstas no son ciudadanas del Estado como los hombres? ¿Su voluntad no constituye la mitad de la voluntad general?

Nosotras gritamos, por tanto, con el gran precursor del feminismo moderno, con Condorcet: «O no existen los derechos innatos del individuo, ó cada cual los posee igualmente, sin diferencia de sexo, de religión y de raza.»

¿Qué es el Parlamento?

La representación del pueblo soberano.

¿Y éste cómo está dividido? En dos partes iguales: hombres

y mujeres. Pues de ambas partes iguales debe formarse el Parlamento. Pero el hombre ha confiscado la soberanía de la mujer; la mujer debe reivindicarle para liberarse de la esclavitud.

Sólo con el sufragio político dejaréis de ser esclavas, porque el Parlamento ejercita la soberanía nacional, y mientras esté constituido sólo por hombres, no será más que la máquina legislativa de su egoísmo despótico y de vuestra triste opresión.

Emancipar á la mujer sin el voto político, activo y pasivo, es como libertar al esclavo sin romper sus cadenas.

¡Ciudadanas de Italia!

¿Dónde está vuestro mayor enemigo? Allí donde las mujeres esclavas se reúnen para conjurarse con los hombres, para oponerse á la conquista del voto político, remachando y perpetuando vuestras cadenas.

La *Alianza femenina*. ¡He aquí el enemigo! La *Alianza femenina* niega el derecho de la mujer al voto político, y por eso mismo le niega el derecho de ciudadanía, el derecho de soberanía popular, el derecho de humanidad.

¡Ciudadanas de Italia!

¿No acudiréis á vengar tal delito de lesa ciudadanía, soberanía y humanidad?

Y vosotras, ¡oh pobres engañadas! víctimas de un misticismo hipócrita, ¿no queréis salir de la esclavitud clerical reconquistando la perdida libertad? Salid pronto, salid todas de la *Alianza femenina* y entrad en la *Liga feminista nacional*.

La *Alianza* impide á la mujer italiana la conquista del voto político; la *Liga* sólo vive para obtenerlo.

Nosotras, pues, denunciarnos á la *Alianza* ante el país como el mayor enemigo de los verdaderos intereses del feminismo; la acusamos públicamente como instrumento de esclavitud, de

obscurantismo y de degradación de la mujer italiana; la desafiarnos solemnemente á discutir con nosotras dónde, cuándo y cómo le plazca, respecto del derecho natural de la mujer al sufragio electivo, activo y pasivo, en la representación política del país.

¡Ciudadanas de Italia!

Si la *Alianza* no responde á esta denuncia, si no se justifica de esta acusación y no acepta nuestro reto, resulta condenada y ya no quedará otra cosa más que execrarla.

¡Viva la mujer italiana! ¡Viva el voto político, activo y pasivo! ¡Abajo la *Alianza*! ¡Viva la *Liga*!—La Presidenta, *Schwitzer*.—La Secretaria, *Fioroni*.»

Era la mañana de un domingo, cuando este manifiesto en letras de varios colores, apareció en las esquinas de la ciudad. Al mismo tiempo, muchas empleadas de la *Liga* iban distribuyendo por las calles más frecuentadas una edición en pequeño de estos manifiestos, mientras los chiquillos voceaban el texto con los comentarios publicados en los periódicos.

Fué un triple golpe de reclamo, porque en toda la ciudad no se hablaba de otra cosa que de las dos sociedades femeninas antagonistas, considerándolas como las dos alas ó corrientes extremas del gran movimiento feminista que pronto haría desaparecer todas las tendencias intermedias, y debían permanecer solas á disputarse la organización femenina. Una de ellas para obtener, mediante la lucha de sexos y prescindiendo de cualquier motivo religioso, la igualdad perfecta de la mujer con el hombre en todos los derechos y en todos los oficios; la otra para rehabilitar á la mujer según el orden cristiano de la familia y de la sociedad, con una labor progresiva de reformas económicas y morales, requerida por las condiciones de la vida moderna.

También los periódicos se ocupaban habitualmente con prefe-

rencia de la *Liga* y de la *Alianza*, pasando en silencio á las otras asociaciones feministas, que, por consecuencia, permanecían eclipsadas; pero tal era la exigencia del tiempo y de la moda. El movimiento social y político estaba entonces dominado por dos partidos extremos: la democracia cristiana y el socialismo; por eso toda la agitación pública para la rehabilitación de la mujer se dividía en dos bandos: el de la *Liga* y el de la *Alianza*.

Entre los dos adversarios, se jugaba, pues, la batalla decisiva con aquel manifiesto. La participación directa de la mujer al poder legislativo mediante el sufragio electivo era el punto crítico, en el cual las dos corrientes opuestas no podían chocar sin que una fuese envuelta por la otra. Los comentarios entre las mujeres, ya en contra, ya en pro, de una de ambas tendencias habían llegado á su más alto grado de interés...

La plaza donde se levantaba majestuoso y blanco el palacio de la condesa Storni apareció aquella mañana toda tapizada con los manifiestos de la *Liga*, colocados en ella la noche precedente. La plaza estaba también llena de corrillos, en los que se discutía con calor el acontecimiento del día. Las observaciones más picantes cambiadas entre unos y otros, habían determinado una especie de disputa, aumentando el número de los espectadores, algunos de los cuales acogían los comentarios con repetidas carcajadas. Un comerciante al por menor, gordo y panzudo, decía con un gesto de superhombre á su auditorio:

—¡Esto sí que es curioso! ¡Conque tendremos en la Cámara no sólo los padres de la patria como hasta ahora, sino las madres!

—¡Y excelencias é ilustrisimas con faldas!

—¡Figúrese usted! Una mujer ministra de la guerra, otra de hacienda, otra del trabajo...

—Feminista, como en lo sucesivo se llamará.

—¡Ya no vuelvo al teatro! Las sesiones entre diputados y diputadas van á ser más divertidas que las comedias.

—¡Valientes arañazos se van á dar!

—¡Con peligro de los embarazos!

—¿Se suspenderá la sesión para que las diputadas den de mamar á los niños?

—Entretanto los maridos estarán en la cocina.

—Se hará una ley para que todas las diputadas sean solteras ó viudas.

—¡Ojo con las burlas! He aquí una futura representante del Parlamento á quien yo le prometo mi voto, dijo un joven, viendo pasar á su lado una linda muchacha que pertenecía al Consejo directivo de la *Liga*.

—¿Y por qué no? dijo ésta acercándose al corro seguida de tres mujeres atraídas por la curiosidad. La emancipación radical de la mujer es quimérica é imposible sin el voto político. Así lo han reconocido todos los congresos nacionales é internacionales. Y la liga mundial para el sufragio electivo de la mujer, fundada en Berlín en 1904, afirma en su programa, que el sufragio es el único medio para defender los derechos, proclamados como inalienables en la declaración de la independencia de los Estados Unidos y aceptados por todas las constituciones modernas... Ya no estamos en el tiempo en que las mujeres hilaban.

—Quiere decir, observó el comerciante, que haremos nosotros, mientras nuestras mujeres estarán en el Parlamento, discutiendo la guerra y la paz.

—Esos son disparates, señor mío. ¡Cómo si nosotras quiéramos excluir á los hombres de la vida pública! No, no; ni los hombres solos ni las mujeres solas. Igualdad de derechos en casa, en la plaza, en el Parlamento.

—¿Y los quehaceres domésticos se harán solos?

—¿Acaso hemos nacido nosotras para ser esclavas de los hombres? Los quehaceres se harán entre todos.

—Muy bien. ¿Y quién da de mamar al niño?

—Se consignará en el presupuesto una partida para lactancia de los niños, cuyas madres estén empleadas, añadió el joven de marras.

—Si quereis iguales derechos que los hombres, teneis que imponeros iguales deberes, añadió un obrero. Conque alistaos en las filas y empuñad el fusil, y entonces os daremos el voto y todas las carteras, la de Guerra inclusive.

—Si es preciso empuñaremos el fusil y verteremos nuestra sangre por defender la patria.

—Si ¿eh? Ya veríamos si os parecía tan fácil tomar una batería como dormir al roro.

—A propósito, dijo el joven que había hablado antes, volviéndose hacia la consejera de la Liga: ¿Es cierto que se va a celebrar en el *Politeama* una reunión de controversia y que discutirán en ella la Fioroni y la Piumetti?

—No sé nada de eso. Lo cierto es que nuestro manifiesto constituye un reto dirigido á la *Alianza*; si ésta no lo recoge equivaldrá á declararse vencida.

—La condesa Storni no se deja vencer fácilmente, replicó una vieja, gran admiradora de la presidenta de la *Alianza*.

—Cállese usted, bruja, dijo una obrera socialista enemiga jurada de todo elemento clerical.

—A mí no se me impone silencio, chilló la vieja levantando la voz... Has de saber que á mí no se me asusta con amenazas como á los perros.

—Por eso ladra usted, como ellos, á la luna... Venga usted acá para que le arregle el pelo.

La otra replicó en el mismo tono y en torno á las dos contendientes se fué haciendo el grupo cada vez mayor. Afortunadamente una de ellas tenía en la mano un paquete de periódicos y la otra una cesta de frutas. También acudió á separarlas el gordo y panzudo comerciante, que gritó cómicamente:

—Ea, basta ya... Todavía no estáis en el Parlamento para salvar á la patria arrancándoos los pelos. Por mi parte tendréis el voto para diputadas. Al fin y al cabo habláis á la perfección.

Estalló una carcajada general, y la tempestad se cambió en bonanza.